

Bonita anécdota que denota la maestría del artista y el carácter de aquel rey que no supo reinar, pero que tenía afición y entusiasmo por las bellas artes.

Según el crítico francés, Zurbarán no dejó alumnos en Madrid, pero sí en Sevilla, como Ayala, los Polancos y algunos otros buenos pintores que se formaron bajo su dirección, y añade que sería difícil, si no imposible, hacer un catálogo completo de sus cuadros, que abundan en las iglesias de Andalucía y sobre todo en Sevilla.

Alude también a los cuatro cuadros que están en el Museo del Prado, reproducidos en una «moderna y bella publicación litográfica» bajo la «dirección y cuidados de Federico Madrazo, pintor de la Reina Cristina»; a los ocho que se encuentran en la Galería de M. Aguado, y a los setenta y cinco colocados en el nuevo Museo Español del Louvre.

Dice de estos que son: *«lienzos notables por su amplia concepción, por una admirable comprensión de la luz y del color, por un estilo noble, firme y lleno de elegancia, cualidades que se han vuelto a encontrar en alto grado en los siete grandes cuadros que han pertenecido a la gran Cartuja de Xeres; la Judith es una obra maestra.»*

*«Zurbarán sobresalió en la pintura de mujeres y monjes. Se ha dicho que, como retratista, era inferior a Murillo y a Velázquez; sin duda cultivó menos este género que aquellos dos maestros, pero no podría defender esta opinión quien haya visto sus diez cuadros representando santos en pie. Estas figuras son de una admirable ejecución, de una conformación a la vez animada y graciosa. Son retratos deliciosos. Hay en sus monjes y en sus mártires una expresión profundamente pensativa, una calma firme y resignada que domina los sufrimientos morales y físicos, como el San Francisco en oración que figura en el nuevo Museo Español del Louvre y que ha sido reproducido con éxito en un grado bado en negro, últimamente publicado por el periódico L'Artiste.»*

Ahí va, pues, acotado lo más saliente del artículo en cuestión. En mi poder queda, a la disposición de cuantos les interese, el libro en el que se inserta.

Solo me resta añadir que el número de cuadros que pintó Zurbarán, es muy superior al del catálogo en el que figuran los declarados auténticos. Por ello, lo ocurrido en Bienvenida, en cuya Parroquia el pintor de Los Santos, Ramón Fernández Moreno, ha identificado como auténticos, seis cuadros originales de Zurbarán, volverá seguramente a repetirse, si persisten en la busca personas inteligentes y estudiosas.

Esta intervención mía no obedece a conocimientos artísticos sino únicamente a mi acendrado cariño a nuestra amada Extremadura. Si será grande, que el idioma francés, único extranjero que conozco, pese a mis esfuerzos, no he logrado pronunciarlo sin... acento extremeño.

DIEGO HIDALGO

## ESTAMPAS CRISTIANAS<sup>(1)</sup>

### LA PARABOLA DEL SEMBRADOR

#### I

EN el año dulce y en la ribera del Genezareth, después del Sermón de la Montaña.

A la hora en que el sol comienza a declinar.

La silueta de Jesús, que está de pié sobre la barca de unos pescadores, emerge bajo el azul del cielo nimbada por los oros vesperales; su frente acariciada por un haz de rayos de sol, relumbra como una hostia toda blancura.

La muchedumbre, que salía con él de Cafarnaum, engrosada con la que acaba de bajar de los pueblos vecinos, se acaba de acomodar en los peñascales de la ribera, en los altozanos rocosos que la bordean y espera anhelosa las divinas palabras.

Destaca en primera fila el grupo de los discípulos; rudos son, tardos para comprender; pero entusiastas de su Maestro.

Medio año hace que le vienen siguiendo por sendas difíciles y caminos polvorientos, por ciudades y caseríos.

Ellos son los que, en la dulce intimidad, recogen sus más íntimas confidencias.

Ellos los que velan su sueño cuando, rendido por el cansancio de alguna dura jornada, reposa bajo un árbol del camino, con la cabeza apoyada en una piedra que la ternura de los discípulos hace acogedora y blanda, al extender sobre ella la brazada de mullida y olorosa hierba.

Ellos en fin, los que en las altas horas de la noche, cuando le ven entregado a la conversación amorosa con su Padre Celeste, presencian arrobados su éxtasis y sorprenden en su faz un remansado fulgor Divino...

#### II

Desde la ribera, el panorama surge pleno de belleza, de variedad y de contraste.

Primeramente una llanura suavemente ondulada, cubierta de hierba que aparece policromo, como maravillosa alfombra extendida por mano invisible...

Huertas primorosamente parceladas, en las que el naranjo exhala sus azahares, el mirto crece balsámico, y los frutales presentan sus pomos de sabor dulce...

(1) Fragmentos del libro en preparación de este mismo título, leídos en la II Asamblea de Estudios Extremeños.

Colinas verdequeantes, en las que ya abundan las siembras...

Más allá, el vivo contraste de peñascal bravío, por cuyas hendidas se abren paso las chumberas con el verdor perenne de sus hojas erizadas de espinas...

Aun más allá, en el remoto confín, la tierra árida, soledosa, sin una brizna, el desierto duro, rígido, moteado de cerros pelados, donde apenas el tamarindo y el algarrobo crece...

Y casi al alcance de la mano, festoneando la ribera, otro más sorprendente contraste: la campiña geórgica, las tierras de pan llevar, el labrantío cruzado por veredas y senderos, exornado por la reja del arado con los plácidos dibujos de una geometría ingénua, poblado de esquileo de yuntas y de voces de gañanía en la faena gozosa de la siembra...

La simiente, esparcida por la mano del sembrador va cayendo amorosa, va fecundando los surcos...

### III

El paisaje, oteado desde la barca, se adentra en el pensamiento de Jesús, en su corazón siempre abierto a la palpación de la vida campesina.

Surge así por vez primera en sus labios la divina parábola que El toma, en esta tarde tibia y otoñal, del panorama de la sementera, en que los granos arrojados a voleo, no siempre quedan entre el humus de la tierra arada. Algunos caen sobre el sendero, otros van a parar al hierbazal espinoso o al calvero desprovisto de tierra vegetal.

En esta material envoltura la divina palabra va a revestir una enseñanza profunda que recogerá ahora la muchedumbre sentada en la ribera, que recogerán mañana, a través de los siglos, millones de almas.

Como la alondra se cierne serena sobre el labrantío, así la alada parábola del Sembrador, cruza, con la voz de Jesús, sobre la campiña soleada, mientras los pájaros cantan en los ramajes y en el azul del lago se diseña el vuelo de las garzas...

He aquí, dice que salió el sembrador a sembrar su simiente.

Al esparcirla, unos granos cayeron en el borde del camino, donde fueron hollados por los transeúntes y devorados por las aves del cielo.

Otros cayeron en un pedregal: germinaron pero, apenas asomados a flor de tierra, secáronse sus tallos por la falta de humedad.

Quedaron otros en un hierbazal: los cardos al crecer ahogaron los tiernos brotes.

Una buena parte en fin, cayó en tierra buena, labrada y mullida, enraizaron con vigor, se desarrollaron prodigiosamente y llegaron a producir el treinta, el sesenta, y aún el ciento por uno.

El que pueda—termina elevando el acento cálido de su voz—desentrañar el recóndito sentido de la parábola, que ahonde en ella con el pensamiento y con el corazón.

### IV

La parábola, plena de fragancia campesina, revolotea por la multitud, y Jesús se retira con los doce, hace alto en un recuesto a orillas de un cebadal naciente, donde los tallos, bañados por el sol del ocaso, adquieren tonalidades de esmeralda.

Jesús se detiene y todo el sendero se llena de su presencia, el aire de su aroma, el campo de su hermosura.

Pero al ver en la mirada de los discípulos una anhelosa interrogación sobre el sentido de la parábola que han escuchado, sus labios se abren de nuevo, su voz se derrama, esta vez teñida de un acento íntimo para desmenuzarles el alimento espiritual, la fuerte enseñanza que sus almas niñas no son todavía capaces de asimilar

La semilla, les dice, es la palabra de Dios.

El camino donde caen algunos de los granos, es el alma endurecida en la que la palabra divina es pisoteada por pensamientos turbios y arrebatada por el demonio.

El pedregal donde caen otros granos, es el corazón en el que la palabra de Dios llega a brotar, pero los brotes se secan bien pronto por faltarle la humedad del amor y de la contrición.

Los terrenos cuajados de maleza, son las almas en las que la semilla divina llega a enraizar, pero no llega a colmo porque la sofocan los espinos de los afanes terrenos, que crecen al par que ella y le roban su vigor.

La tierra buena donde cae otra parte de la simiente, es el alma que recibe la palabra divina, que la retiene amorosamente, la cultiva por la reflexión, por lo que la semilla de Dios no solo nace, sino que crece con vigor extraordinario y llega en su día a producir frutos colmados de justicia y de santidad.

Dijo...

Cesó de nuevo la voz divina...

Era la hora en que el sol, ancho, bermejo, comenzaba a traspasar los oteros, mientras una bandada de golondrinas pasa por encima del grupo galileo y chapotean en el mar luminoso de la tarde que agoniza...

### JORNADA DE GLORIA

Apunta en las arboledas de Jerusalén y en los campos de Galilea los brotes tiernos de la primavera; en los corazones de los discípulos los botones de la esperanza.

Una esperanza informe, trémula, que les hace permanecer aún con las puertas cerradas «por miedo a los judíos»; pero que pone en sus almas tonalidades nuevas e insospechadas.

La idea radiante, la resurrección se va abriendo paso en sus cerebros perezosos.

Al principio vacilaron, zozobraban entre la certeza y la duda. Veían recortarse la silueta amada en el paisaje a orillas del lago en-

cantador, en lo alto de la montaña, o bien en el cenáculo mismo, donde le vieran penetrar estando las puertas cerradas, o ya finalmente en el camino y en la posada de Maus, y... ¡Es un fantasma!, se decían.

Pero al momento rectificaban con acento de contrición: ¡Es el Señor!

Así, poco a poco, pero inconfundiblemente, se iba imponiendo a sus almas la verdad de aquella divina presencia.

Esa presencia se ha hecho ya tan palpable, que alguno de ellos cuenta alborozado cómo le llegó a tocar las llagas de las manos y pies, y metió su mano en la gran llaga del costado.

Otras veces la presencia siendo también clara e incontrovertible, es más impalpable, escapa su sentido, solo le acusan el alma y el corazón.

Sí, están seguros, con seguridad de evidencia, que Jesús ha resucitado, que vive en la tierra, pero con una vida que no es ya vida terrena, que no está sujeta como antes al cansancio, al hambre, a la sed, aunque Jesús para testificarles que su cuerpo es real, no aparente o fantástico, consienta comer con ellos en el Cenáculo algún trozo de pastel de harina, o algún trozo de pez asado, cogido en el lago Milagrero, en redadas que su presencia hizo milagrosa al filo del amanecer.

Idéntica es la caricia de su mirada, nueva en cambio la majestad que adquiere ahora la divina persona, cuando envuelta en un halo de soberanía, les habla en momentos solemnes e inolvidables, para hacer a Pedro Pastor Supremo de su místico rebaño, para otorgar a él y a los demás el poder de perdonar los pecados, de bautizar y de enseñar, poniendo, al final, en sus palabras estas promesas, la más nueva y espléndida de todas: «Yo estaré con vosotros todos los días, en todos los momentos, hasta el final de los siglos».

«No os alejéis de Jerusalén—les acaba de decir el Señor—porque se acerca un gran acontecimiento.»

A la hora en que el sol se va aproximando a su cénit, la Madre del Salvador, los Apóstoles, las piadosas mujeres, los restantes discípulos, un poco diseminados, formando pequeños grupos, salen del Cenáculo, atraviesan las calles de Jerusalén, toman la dirección de Betania.

Jesús va delante como sirviéndoles de guía.

Los discípulos se intrigan y las antiguas quimeras del reino temporal pasan fulgurando por aquellos corazones no iluminados todavía por el Espíritu Santo.

«¿Es que vas a restablecer hoy—le preguntan—el reino de Israel?»

Jesús soslaya la respuesta; no la entenderían, no la podrían entender aún.

Llegan al monte del olivar, donde parecen cuajarse los vivos recuerdos.

Cada senda, cada repecho, diríase que lleva impresa la huella blanda de Jesús.

Al atravesar el Cedrón se les une otro grupo de discípulos que, como acudiendo a una cita misteriosa, acaban de llegar de Betania. Por entre los setos y huertos cercanos, surgen otros, en su mayoría galileos.

Hasta quinientas personas se congregan en el Monte Oliveti, en la amplia esplanada que corona la cumbre.

Es la hora en que el sol parece volcar toda su luz sobre Jerusalén, sobre sus mármoles y blancas azoteas.

Arriba, bajo el azul purísimo, el vuelo raudo de las palomas que al pasar por encima de la cabeza adorable dan la sensación de diminutos, anacrónicos aviones que se alinean dando escolta al que nunca como hoy, pareció tan señor de las criaturas, tan Rey victorioso, sobre todo cuando su voz se expande sobre los apóstoles para decirles: «Recibiréis en breve el Espíritu Santo y daréis testimonio de mí en Jerusalén, en Judea, en todo el mundo.»

Diríase que todos los rayos del sol se han estrujado sobre la frente divina, sobre el cuerpo glorioso.

Los sagrados pies se apoyan ahora sobre una piedra rectangular, la misma donde hace tres años se sentara el Divino Maestro para enseñar a los suyos la oración del Padre Nuestro.

Súbitamente, como movida por invisible resorte, la muchedumbre se incorpora para caer en seguida arrodillada en actitud incontrolable de pismo y adoración.

Es que la faz de Cristo, todo Él de pie sobre la piedra, ha adquirido en este instante una majestad que se impone irresistiblemente y que va acompañada de una dulzura inefable...

En el albor de hostia de las manos y de los pies sagrados resaltan cuatro rosas de vivo carmesí, en las que parece haberse concentrado toda la esencia fragante de los jardines cercanos: son las cuatro llagas gloriosas del Viernes Santo. Rimando con las rosas, junto al corazón, un encendido rubí tallado aquella misma tarde, por lanzas de Longinos: es la llaga del costado...

Todo el paisaje se transfigura así, se cala con la luz suave y arrebatadora que emerge de la faz de Cristo...

Rayos de sol tejidos, trabados unos con otros, forman una especie de nudo resplandeciente que va envolviendo la humanidad gloriosa de Cristo, cuyo pecho parece latir henchido de emoción en este momento postrero de su estancia en la tierra.

La muchedumbre atónita intuye más bien que ve que las manos de Jesús comienzan a diseñar en el aire el signo alado de la bendición...

E inmediatamente el adorado cuerpo se hace todavía más ingravido, con pausado ritmo se separa de la piedra donde permaneciera erguido, lentamente, sin cesar de bendecir, se va elevando hasta quedar por completo invisible a los ojos de la multitud que prosigue extática mirando a lo alto.

Fué preciso que los Angeles en forma de jóvenes vestidos con túnicas de una extensa blancura, vinieran a interrumpirle cortando el embeleso con estas palabras que resonaron como vibrar de clarines, como sonidos de trompetas anunciadoras: «Varones de Galilea, ¿a qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir ahora volverá otro día a descender con gloria y majestad...»

Así fué la Ascensión del Señor.

### LA NOCHE LIVIDA

Seguido de los once—el Dekerioth salió de la estancia del Cenáculo hace largo rato—Jesús se encamina a las afueras de la ciudad, en las que el panorama es sombrío.

Se ha ocultado la luna, hay ladridos de perro en los casales vecinos y un rumor gemebundo en las frondas de la arboleda batida por el viento.

La tristeza de Jesús que es grande y misteriosa desde que salió del Cenáculo, al pasar el Cedrón, al tomar la cuesta del olivar es ya angustia y zozobra...

Cuando franquea el bosquecillo de Jetsemaní, es ya agua de tribulación, que anega su alma con la fuerza de un oleaje.

Se aparta de los suyos, hasta de los tres predilectos que fueron sus confidentes en la glorificante cima del Tabor.

Al cabo de un rato todos duermen...

Solo Jesús vela cara al viento y a la noche...

Su espíritu, soberano hasta entonces, acaba de experimentar un descenso, un eclipse misterioso.

Es como si la energía divina que le acompaña desde el nacer, le abandonara de pronto... Toda su carne vibra de pavor y espanto.

Un sudor misterioso le brota en grandes gotas por todos los poros e inunda su cuerpo...

Es sudor de sangre, son gotas de sangre que circundan primero su frente con coronas de rubíes, que se desgranán después y corren como cascada de líquidas perlas hasta caer a sus pies...

Es entonces cuando su voz convulsionada se rompe en este grito: «¡Padre, si es posible, que no beba yo de este cáliz...!»

Solo las estrellas han sido testigos de este desgarramiento misterioso del Dios hombre...

Las estrellas, silenciosas e inmóviles, tachonando el inmenso firmamento, son en la negrura de la noche como millones de cuajadas lágrimas.

Cauteloso rumor de pisadas por la cuesta del Olivar...

Confuso oleaje de turba que avanza alumbrada por lívido claror de antorchas...

El rumor llega ya claro y distinto a la sombra del bosque...

De la masa anónima una silueta se destaca, se acerca a Jesús...

Es el Dekerioth...

Avanza recatado, diríase más bien que se desliza, que se arrastra como la víbora hasta llegar al Maestro...

En la noche cárdena suena el rumor de un beso...

En el corazón del Rabí se hunde el puñal artero, la hoja penetrante de esta frase: «¡Salud, oh Rabí!»

La mirada y los labios de Jesús se abren entonces para oponer a la puñalada infame la sobrehumana ternura de este único reproche: «Amigo, ¿a qué has venido? ¡Judas! ¿con un beso entregas al hijo del hombre...?»

Así, en el seno de la noche formidable, el ominoso instante llegó del poder de las tinieblas...

### ROSAS DEL CALVARIO

BERENICE

Prosigue la marcha por una calle empinada, de superficie rocosa, en la que los cascotes de los caballos que montan los legionarios levantan chispas centelleantes.

Cerca de la puerta judiciaria una mujer espera ansiosa el paso de Jesús, y al divisarle, un grito desgarrador se le escapa: «¡Ya no es El!» —exclama.

En efecto: el rostro luminoso e inolvidable que ella viera una tarde en las orillas de Geneareth ha desaparecido bajo una nube informe de sudor copioso, de fatiga de angustia de sangre.

Pero los ojos, sí—se dice a sí misma—: los ojos son los mismos que me miraron aquella tarde, cuando atravesando por entre la muchedumbre que lo aclamaba, tuve la dicha de llegar hasta El, de tocar el borde de su manto y de sentirme curada cuando sus labios divinos modularon estas dulces palabras: «¡Confía, hija mía, que tu fe te ha salvado!»

No puede contenerse ya...

La que en la tarde triunfal avanzó tímida y asustada por entre una multitud entusiasta, avanza ahora resuelta por entre la muchedumbre hostil, desafía la lluvia de miradas cortantes, los semblantes torvos, la granizada de palabras injuriosas, hasta el gesto mismo del pretoriano que intenta cortarle el paso con la punta de la lanza...

En medio de la sorpresa y el asombro de todos, logra llegar hasta Jesús: rápidamente quitándose el velo blanco que cubre su cabeza, enjuga amorosamente con él el sudor del rostro; rostro divino que queda impreso en cada una de las dobleces del velo.

### UN REMANSO DE TERNURA

Mientras los discípulos—excepto uno—pululan amedrentados y escondidos, un grupo de mujeres viene siguiendo al Divino Reo, entre las miradas hostiles de los escribas y fariseos que las vigilan muy de cerca.

Nostalgian en sus corazones la bondad del Nazareno y la fragancia de sus palabras en los días felices, todavía muy cercanos.

Comentan en voz baja, que miró, en un día estival, a la Samaritana con dulzura inefable; que otro día se dejó ungir por los perfumes de la Pecadora, y en otra ocasión inmemorable, perdonó a la Adúltera, alborotando a los hipócritas fariseos, a quienes el perdón había escandalizado mucho más que el pecado.

Rememoran también el tierno, amoroso gesto de las manos divinas cuando bendecían y se posaban, como blancas palomas acariciantes, sobre las rubias cabecitas de los pequeñuelos...

Al tomar ahora la cuesta que va derecha al Calvario, al ver a Jesús emprender la suprema subida, de la que no ha de volver, sus corazones estallan en un clamor de angustia y de pena: de ellos, como de una fuente pura, brota la ofrenda bendita de las lágrimas.

Es un llanto copioso, persistente, sin consuelo.

Emisarios de los escribas le dicen al oído que el gran Sanhedrin tiene prohibido el llanto público por los reos condenados a la última pena.

Ellas no escuchan: el llanto se hace a cada paso más hondo y lacerante.

Jesús las mira...

El, que nada dijo a su Madre ni a la Verónica, abre esta vez sus divinos labios para consolar a estas mujeres de Jerusalén que le son fieles hasta el postrer instante.

«Hijas de Jerusalén—les dice—no lloréis por Mí: llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.»

¡No hay que llorar a la víctima, sino a los verdugos; no a los perseguidos por el nombre de Cristo, sino a los perseguidores!

Porque día vendrá en que esos opresores—el mundo estuvo siempre lleno de ellos—huirán enloquecidos de la cólera divina.

Sucederá así en el día del Juicio...

Mendigarán entonces ¡con qué angustia! un hueco en los montes para esconderse...

¡Y no lo encontrarán!

### MISTERIO INSONDABLE

Son cerca de las tres de la tarde.

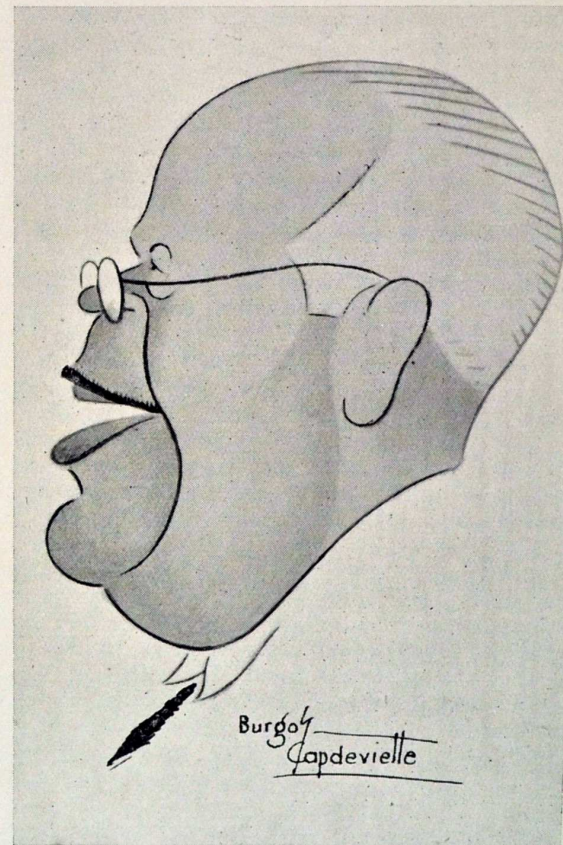
Sobre el Calvario, casi desierto ya, no queda, fuera del grupo amigo, más que el pelotón de soldados que custodia a los reos.

Avanza apresurada la última agonía de Jesús.

Es cada vez más angustioso, más prolongado, el alentar de su pecho, ávido de aire refrigerador, que apenas puede entrar ya en sus pulmones.

Se ha adueñado por completo de la cumbre la oscuridad de la noche, de una noche anticipada.

Los jirones de sombra caen sobre las rocas, vistiéndolas de lobreguez, borran todos los contornos del horizonte, se espesan y se hace espantosa tiniebla.



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Juan Luis Cordero

Todo es silencio, un silencio lúgubre, como de mundo que fenece, en el que se hubiera paralizado toda la vida, todo el movimiento.

En esta hora de calma mortal, de honda tiniebla, Jesús experimenta un fenómeno, el más misterioso, el más insondable: el de sentirse abandonado por su Padre, cuando más necesita esa amante compañía, cuando su alma está náufraga, sumergida en el turbión de las iniquidades, de los abandonos y de las ingratitudes humanas.

En veinticuatro horas ha visto derrumbarse toda su obra.

Los discípulos, que tantas veces le siguieran como hueste leal por caminos soleados, por sendas luminosas, le han abandonado todos menos Juan, y uno le traicionó con el beso de amigo...

La muchedumbre que una tarde quiso proclamarle Rey y que en la mañana del último domingo tendía a su paso, entre hosannas y aclamaciones, ramos de olivo y palmas victoriosas, hacinada esta misma mañana junto al Pretorio, azuzada por los escribas y fariseos pidió su muerte...

Fuera del diminuto puñado de corazones que lloran en silencio junto a la cruz, no tiene ya a nadie en la tierra...

¿A nadie...?

¡Le queda su Padre en el Cielo!

Su Padre que siempre le escuchó...

Su Padre que siempre le acompañó invisible, por todos sus caminos terrenales, por todas las rutas...

En un esfuerzo supremo abre sus ojos entorpecidos por el profundo sopor de la agonía postrera, los eleva hacia el cielo, buscando el apoyo, la caricia paternal que jamás le faltara en sus horas de desfallecimiento...

¡Y no encuentra esa caricia, no encuentra ese apoyo...!

El cielo se muestra mudo y lóbrego para El como la tierra...

Es ahora, al experimentar este como eclipse incomprensible de su divinidad, cuando la gran ola del pavor y del terror le sube del corazón, le anega la garganta, le hace lanzar, en la lengua materna que aprendiera, sobre el regazo de María, en los días felices de Nazareth, este clamor que como un trueno espantoso, rueda desde la cumbre en tiniebla y repercute en las hondas cañadas que la circundan:

«Eli, Eli, lamma sabachtam...»

No es pecado Jesús, no tiene ni sombra de pecado, es santo y puro más que todos los hijos de los hombres; pero aparece como pecador porque ha cargado sobre sí las culpas de todos los pecadores, y Dios se aleja de éstos...

¡Dios a los pecadores no escucha...!

ANTONIO MANZANO GARIAS

